

religión (1). El Rey tuvo que callarse, mas no por eso había pasado su enojo. Vió con mal disimulada ira cómo Dykvelt organizaba y disciplinaba las distintas^s fracciones de la oposición, desplegando una habilidad que hubiera acreditado al más sabio estadista inglés y que en un extranjero era maravillosa. Á los clérigos decía que en el Príncipe encontrarían un fiel amigo de la dignidad episcopal y del libro de rezo común (*Book of Common Prayer*). Al mismo tiempo alentaba á los disidentes, haciéndoles esperar no sólo tolerancia, sino asimilación á la Iglesia anglicana. Hasta á los mismos católicos intentaba contentar, y algunos de los de más cuenta declararon á presencia del Rey que las proposiciones de Dykvelt les satisfacían, y que preferían la tolerancia asegurada por la ley, á un ascendiente precario é ilegal (2).

XXXV.

DANBY Y NOTTINGHAM.

Los jefes de todos los partidos importantes de la nación celebraban frecuentes conferencias á que asistía el hábil enviado. En estas reuniones llevaban generalmente la voz, por el partido tory, los Condes de Danby y Nottingham. Aunque habían transcurrido más de ocho años desde la caída de Danby, su nombre seguía gozando gran prestigio entre los antiguos

(1) Burnet, i, 711. Los despachos de Dykvelt á los Estados Generales no contienen, que yo sepa, una palabra respecto al verdadero objeto de su viaje. Su correspondencia con el Príncipe de Orange era secreta.

(2) Bcnrepaux, setiembre 12 (22), 1687.

Caballeros de Inglaterra, y aun muchos de aquellos whigs que anteriormente le habían perseguido, disculpaban ahora su conducta, diciendo que había pagado culpas ajenas y que su celo por la regia prerrogativa, si bien con frecuencia le había extraviado, había sido templado por dos sentimientos que le hacían honor: celo por la religión establecida, y celo por la dignidad é independencia de su país. Gozaba de gran estimación en el Haya, donde nunca se olvidaba que él fuera quien, á despecho de la influencia de Francia y de los católicos, había inducido á Carlos á conceder la mano de lady María á su primo.

Daniel Finch, conde de Nottingham, aristócrata cuyo nombre ocurrirá con frecuencia en la historia de tres reinados fecundos en acontecimientos, descendía de una familia sin rival en grandeza forense. Uno de sus parientes había sido Canciller de Carlos I, había prostituído, consagrándolas á infames proyectos, las facultades eminentes de su inteligencia y saber, y fuera perseguido por la venganza de los Comunes acaudillados por Falkland. Más honrosa fama alcanzó en la generación siguiente Heneage Finch, el cual, á raíz de la Restauración, había sido nombrado Solicitor general, ascendiendo posteriormente á fiscal del Tribunal Supremo, lord Guardasellos, lord Canciller, Barón Finch y Conde de Nottingham. En toda su próspera carrera había defendido siempre la prerrogativa hasta donde el honor y el decoro permiten, pero nunca había entrado en ninguna maquinación contra las leyes fundamentales del Reino. En medio de una corte corrompida había conservado sin mancha su integridad personal. Había alcanzado gran fama de orador, si bien su estilo, formado en modelos anteriores á la guerra civil, era hacia el fin de su vida, calificado de pedantesco por los ingenios de la nueva generación.

Su nombre aun se menciona con respeto en Westminster Hall, donde le consideran como el primero que del caos á que daban antiguamente el nombre de *equidad*, dedujo un nuevo sistema de jurisprudencia tan regular y completo como el administrado por los jueces del Tribunal de causas comunes (1). Gran parte del carácter moral é intelectual de este gran magistrado fuera heredado con el título de Nottingham por su hijo mayor. Llamábase éste el Conde Daniel, y era honrado y virtuoso. Aunque esclavo de algunas absurdas preocupaciones y dado á los más extravagantes caprichos, no puede acusársele de haber abandonado la senda de la justicia en busca de ilícita ganancia ó placeres ilícitos. Era como su padre distinguido orador, de gran claridad de conceptos, pero prolijo y solemne en demasía. La persona del orador estaba en perfecta armonía con su oratoria. Véasele siempre rígido y tieso; era tan moreno, que parecía haber nacido en China ó en cualquier otro país más cálido que el nuestro, y sus duras facciones conservaban invariablemente expresión muy semejante á la del presidente del duelo en un funeral. Decíase comúnmente que más bien parecía un grande de España que un *gentleman* inglés. Aun no han caído en el olvido los apodos que sobre él acumuló la gente de buen humor que le llamaba *Dismal* (el Melancólico), *Don Dismallo* y *Don Diego*. Había estudiado con gran detenimiento la ciencia que había hecho la grandeza de su familia, y si se atiende á su elevado rango y opulencia, era maravillosamente versado en las leyes de su país. Era hijo devoto de la Iglesia anglicana y daba muestras de su respeto hacia ella de dos maneras no usadas entre aquellos lores que en

(1) Véase su Vida, escrita por lord Campbell.

su tiempo alardeaban de ser especiales partidarios de sus doctrinas; es decir, escribiendo tratados en defensa de sus dogmas, y ajustando su vida privada á sus preceptos. Como muchos otros anglicanos, habíase mostrado hasta hacía muy poco tiempo firme sostenedor de la autoridad monárquica. Pero la política adoptada desde el fin de la insurrección del Oeste había encontrado en él enemistad implacable, á lo cual también contribuía el haberse privado á su hermano menor, Heneage, del empleo de Solicitor general, por negarse á defender la prerogativa de Dispensa (1).

XXXVI.

HALIFAX.

Hallábase unido á los dos Condes toríes Halifax, el entendido jefe de los *equilibristas*. Parece que por este tiempo ejercía Halifax gran ascendiente en el espíritu de Nottingham. Separaba á Halifax y Danby antigua enemistad que empezara en la corte de Carlos, y que en época posterior alteró la corte de Guillermo, pero que, semejante á otras muchas enemistades, se dió al olvido durante la tiranía de Jacobo. Con gran frecuencia se encontraban ambos enemigos en las conferencias de Dykvelt, conviniendo en expresar su disgusto por la política del Gobierno y su respeto hacia la persona del Príncipe de Orange. La diferencia

(1) *Correspondencia de Johnstone; Memorias de Mackay; Arbutnot, John Bull; Escritos de Swift de 1719 á 1714, passim; Carta de Whiston al Conde de Nottingham, y la respuesta del Conde.*

de carácter de ambos estadistas aparecía con toda claridad en sus relaciones con el diplomático holandés. Halifax mostraba admirable talento para penetrar el fondo de las cosas, pero retrocedía siempre á la idea de cualquier decisión irrevocable y atrevida. Danby, muy inferior en elocuencia y sutileza, desplegaba mayor energía, resolución y sagacidad práctica.

XXXVII.

EL CONDE DE DEVONSHIRE.

Algunos whigs de los más eminentes estaban en constante comunicación con Dykvelt; pero los jefes de las grandes casas de Cavendish y Russell no podían tomar parte tan activa y distinguida como era de esperar atendido su rango y opiniones. La fama y la fortuna de Devonshire, se hallaban en aquel momento oscurecidas por una nube. Tenía una infortunada contienda con la Corte, originada no por causa pública y honrosa, sino por una querella privada, en la cual aun sus más íntimos amigos no le declaraban del todo inocente. Había ido á Whitehall á ofrecer sus respetos al Soberano, y allí fuera insultado por un tal Colepepper, uno de los bravos que infestaban las antecámaras de la Corte, y que pretendía granjearse el favor del Gobierno insultando á los miembros de la oposición. El mismo Rey mostró gran indignación por la manera como fuera tratado uno de sus más ilustres pares bajo el techo real, acallando el resentimiento de Devonshire con la promesa de que el ofensor no volvería á ser admitido en Palacio. La prohibición, sin embargo, se levantó bien pronto; re-

nació el resentimiento del Conde; sus servidores acudieron á la defensa de su causa, y hostilidades que parecían propias de épocas más atrasadas vinieron á alterar la paz en las calles de Westminster. El Consejo privado no se ocupaba más que en las acusaciones y descargos de los partidos contrarios. La mujer de Colepepper declaró que su vida así como la de su esposo estaban en peligro, y que su casa fuera asaltada por una banda de rufianes que vestían la librea de Cavendish. A esto replicó Devonshire que desde las ventanas de Colepepper habían hecho fuego sobre él. La parte contraria negaba con vehemencia la verdad del hecho, confesando tan sólo haber descargado una pistola cargada con pólvora, lo cual habían hecho en un momento de terror, sin otro objeto que dar la voz de alarma á los guardias. Cuando esta infeliz contienda estaba en su apogeo, aconteció encontrar el Conde á Colepepper en el salón de Whitehall, y le pareció ver en el rostro del bravo una expresión de triunfo y reto. A presencia del Rey nada ocurrió impropio de aquel sitio; pero no bien salieron los enemigos de la Real Cámara, propuso Devonshire que la espada decidiese inmediatamente la contienda. El duelo fué rechazado por su contrario. Entonces el altivo lord, olvidando el respeto debido al lugar en que se hallaba y á la propia dignidad, hirió en el rostro á Colepepper con un bastón. Todos convienen en condenar esta acción como inoportuna é indecorosa, y el mismo Devonshire, una vez pasado el primer arrebato, no pudo menos de sentir pesar y vergüenza por lo que había hecho. El Gobierno, sin embargo, con su acostumbrada torpeza, desplegó contra él tal severidad que al poco tiempo las públicas simpatías estaban de su parte. Abrióse una información criminal en el Tribunal del Banco del Rey. El acusado in-

vocó en su defensa los privilegios de los pares, pero en este punto dióse en seguida decisión contra él, y no es posible negar que tal decisión, estuviera ó no conforme con las reglas técnicas de derecho inglés, estaba en completo acuerdo con los grandes principios que deben servir de base á todas las leyes. No le quedó, pues, otro recurso que defenderse en calidad de reo. El Tribunal, á efecto de reformas sucesivas, habíase reducido á tan completa sumisión que el Gobierno que ordenaba el proceso pudo también prescribir el castigo. Los jueces secundaban como un solo hombre las opiniones de Jeffreys, el cual insistía en que se le impusiese una multa que no debía bajar de treinta mil libras. Si se atiende á las rentas de los magnates ingleses de la época, puede considerarse equivalente en el siglo XIX á ciento cincuenta mil libras. Mientras el Canciller estuvo presente nadie pronunció una palabra de desaprobación, pero no bien los jueces se retiraron, sir Juan Powell, en quien se había concentrado la poca honradez del tribunal, dijo que la multa propuesta era enorme, y que con la décima parte se tendría más de lo suficiente. Sus colegas no convinieron con él, ni en esta ocasión mostró el valor que algunos meses después, en un día memorable, levantó señaladamente su fama. El Conde fué, pues, condenado á una multa de treinta mil libras, y á encarcelamiento hasta el pago de la cantidad. Suma tan exorbitante no podía entonces reunirse en un día ni por el primero de nuestros aristócratas. La sentencia de encarcelamiento, sin embargo, era más fácil de dictar que de poner por obra. Devonshire se había retirado á Chatsworth, donde se ocupaba en convertir la antigua residencia gótica de su familia en un edificio digno de Palladio. Era en aquel tiempo tan salvaje aquel distrito como

lo es actualmente el de Connemara, y el Sheriff dijo que era muy difícil arrestar al señor de región tan vasta en medio de servidores y colonos fieles. De este modo se ganaron algunos días, pero al fin el Conde y el Sheriff fueron reducidos á prisión. En tanto una multitud de intercesores ponía en juego toda su influencia. Díjose que la Condesa viuda de Devonshire había sido admitida en el gabinete del Rey; que había recordado á Jacobo la muerte de su cuñado, el valiente Carlos Cavendish, el cual cayó en Gainsborough peleando en defensa de la Corona, y que había presentado notas escritas por Carlos I y Carlos II donde se declaraban deudores de grandes sumas prestadas por su marido durante las discordias civiles. Aquellas cantidades no se habían pagado nunca, y con los intereses decíase que ascendían á más aún de la inmensa multa impuesta por el Tribunal del Banco del Rey. Había otra consideración que debía pesar más en el ánimo del Rey que la memoria de antiguos servicios. Podría ser preciso convocar el Parlamento, y siempre que esto llegara á suceder, creíase que Devonshire reclamaría ante las Cámaras. El punto en que apoyaría su apelación contra el fallo del Tribunal del Banco del Rey, estribaba en los privilegios de los pares. El que debería entender en su apelación sería compuesto de individuos de la alta Cámara, y cuando esto sucediese no podía la Corte confiar en la ayuda ni aun de los nobles más cortesanos. Nadie dudaba que la sentencia se anularía y que aun en las peores circunstancias el Gobierno lo perdería todo. Jacobo se mostraba, pues, dispuesto á admitir una transacción. Anuncióse á Devonshire, que si se comprometía al pago de toda la multa, renunciando de este modo á la ventaja que podría derivar de la apelación, sería puesto en libertad. De su

conducta en lo sucesivo dependía que se le exigiese ó no el cumplimiento del pago. Si defendía la prerrogativa de Dispensa no se le exigiría nada; mas si aspiraba á la popularidad había de costarle treinta mil libras esterlinas. Rechazó por algún tiempo estas condiciones, pero la prisión se le hacía insoportable. Firmó al cabo la obligación de pago, y fué puesto en libertad. Pero si bien consintió en echar tan gran carga sobre su hacienda, nada pudo inducirle á abandonar sus principios y su partido. Siguió como antes iniciado en todos los secretos de la oposición, si bien durante algunos meses, sus amigos políticos consideraron más útil para él y para su causa que no apareciese en primer término (1).

XXXVIII.

EDUARDO RUSSELL.

El Conde de Bedford no logró nunca consolarse por completo de la gran calamidad que cuatro años antes había destrozado su corazón. Pública y privadamente era enemigo de la Corte, pero no tomaba parte activa en concertar medidas contra ella. Reemplazó en las

(1) Kennet, *Sermón funeral en la muerte del Duque de Devonshire*, y *Memorias de la familia de Cavendish; Causas de Estado; Libro del Consejo Privado*, 5 de marzo, 1685-86; Barillon, junio 30 (julio 10), 1687; Johnstone, dic. 8 (18), 1687; *Sesiones de los Lores*, mayo 6, 1683. «Ses amis et ses proches, dice Barillon, lui conseillent de prendre le bon parti, mais il persiste jusqu'à présent à ne se point soumettre. S'il vouloit se bien conduire et renoncer à être populaire, il ne payeroit pas l'amende, mais s'il opiniatre, il lui en coutera trente mille piéces, et il demeurera prisonnier jusqu'à l'actuel payement.»

reuniones de los descontentos su sobrino. Era éste el célebre Eduardo Russell, hombre de indudable valor y talento, pero de moral corrompida y turbulento carácter. Era marino, y ya se había distinguido en su profesión, y durante el reinado anterior había desempeñado un empleo en Palacio; pero cuantos lazos le sujetaban á la real familia fueron quebrantados por la muerte de su primo Guillermo. El atrevido, inquieto y vengativo marino tomaba parte en las conferencias organizadas por el enviado holandés, representando la fracción más atrevida y exaltada de la oposición, de aquellos hombres que bajo el nombre de Cabezas Redondas, exclusionistas y whigs habían mantenido con varia fortuna una lucha de cuarenta y cinco años contra tres monarcas sucesivos. Este partido, postrado últimamente y casi muerto, pero ahora lleno otra vez de vida y prosperando rápidamente, no se veía contenido por ninguno de cuantos escrupulos aún entorpecían los movimientos de *tories* y *equilibristas*, preparándose á desnudar la espada contra el tirano el primer día que con alguna esperanza de éxito pudiera hacerse.

Aun resta mencionar tres personajes con quienes se hallaba Dykvelt en confidencial comunicación, y por cuya ayuda esperaba granjearse la buena voluntad de tres grandes clases. El obispo Compton era el agente encargado de entenderse con el clero; el almirante Herbert puso en juego toda su influencia en la Armada, y con el ejército, Churchill decidió hacer valer todo su ascendiente.

La conducta de Compton y Herbert no requiere explicación. Habían servido á la Corona con celo y fidelidad en todos los asuntos seculares, pero incurrieran en el desagrado del Monarca por negarse á servir de instrumentos para la ruina de su religión.

Ambos sabían por experiencia cuán pronto olvidaba Jacobo los favores, y cuán vivos se mantenían en su memoria los que él consideraba como perjuicios. El Obispo había sido suspendido, por virtud de una sentencia ilegal, de sus funciones episcopales, y el Almirante, en una hora, se había visto reducido de la opulencia á la miseria.

XXXIX.

CHURCHILL.

Muy distinta era la situación de Churchill. Merced al favor real, viérase levantado de la oscuridad á la eminencia y de la miseria á la riqueza. De humilde abanderado encontrábase ahora, á los treinta y siete años, convertido en mayor general, par de Escocia y par de Inglaterra: estaba al frente de una compañía de guardias de Corps, había desempeñado varios empleos honrosos y lucrativos, y aun no había la más leve muestra de que hubiese perdido nada del favor á que tanto debía. Estaba unido á Jacobo no sólo por las obligaciones ordinarias de vasallaje, sino por honor militar, por gratitud personal, y, según parecía á observadores superficiales, por los más fuertes lazos de interés. Pero Churchill no era observador superficial y conocía sus verdaderos intereses. Si su amo llegaba á verse en plena libertad de poder emplear á los católicos, ni un solo protestante seguiría en su puesto. Por algún tiempo, algunos de los más fieles servidores de la corona serían, tal vez, exceptuados de la proscripción general, en la esperanza de que esto les obligaría á cambiar de religión. Pero aun estos pocos, al cabo de

algún tiempo caerían uno á uno, como ya Rochester había caído. Churchill podría, en verdad, asegurarse de este peligro y subir aún más en el favor real sólo con ingresar en la Iglesia de Roma; y no parecía extraordinario que hombre igualmente distinguido por su avaricia y bajeza que por su talento y valor, no sintiese el menor escrúpulo á la idea de tener que oír misa. Pero tales son las contradicciones de la naturaleza humana, que aun en las conciencias más encallecidas se encuentran sitios vulnerables. Y así sucedió con Churchill. Debía su elevación al deshonor de su hermana; había vivido á expensas de la cortesana más pródiga, desvergonzada é insolente, y su vida pública, á cuantos puedan verla con claridad á través del esplendente brillo del genio y de la gloria, parecerá un prodigio de infamia, y, sin embargo, creía á ojos cerrados en la religión que había aprendido cuando niño, y temblaba á la idea de abjurarla solemnemente. Hallábase en una terrible alternativa. De todos los males de la tierra, ninguno le causaba terror tan grande como la pobreza, y el solo crimen para que le faltaba valor era la apostasía. Si la Corte veía cumplidos sus designios, no podía dudar de que muy pronto habría de elegir entre la pobreza y la apostasía. Resolvió, pues, combatir aquellos designios, y muy luego pudo verse que no había crimen ni deshonor á que no estuviera pronto á descender antes que renunciar á sus empleos ó á su religión (1).

(1) En la *Vindicación de la Duquesa de Marlborough*, puede verse expuesto brevemente y con toda claridad el motivo de la conducta de los Churchills en esta ocasión. «Todo el mundo sabía, dice la Duquesa, que por el camino que iban las cosas con el Rey Jacobo, tarde ó temprano todo el que no se hiciese católico, presentaría la propia ruina. Esta consideración me hizo aplaudir la empresa del Príncipe de Orange, que trataba de librarnos de tal esclavitud.»

XL.

LADY CHURCHILL Y LA PRINCESA ANA.

No era sólo como caudillo militar de alto rango, é igualmente distinguido por su pericia y valor, como Churchill podía prestar útiles servicios á la oposición. Era, si no absolutamente esencial, importantísimo para el buen éxito de los planes de Guillermo, que su cuñada, la cual en el orden de sucesión á la corona se hallaba entre su esposa y él, obrase en consonancia con sus proyectos. Aumentarían en gran manera los obstáculos que se oponían á sus planes si Ana se declaraba favorable á la *Declaración de Indulgencia*. El partido que hubiera de adoptar la Princesa dependía de la voluntad de otros, pues su entendimiento era más que nada indolente, y aun cuando había en su carácter aquella obstinación y fuerza de voluntad hereditarias, que muchos años después se desarrollaron, merced á su gran poderío y á lo extraordinario de las circunstancias, era todavía al presente esclava voluntaria de un carácter mucho más vivo é imperioso que el suyo. La persona que en absoluto la gobernaba era la esposa de Churchill, la cual, andando el tiempo, había de ejercer tan grande influencia en los destinos de Inglaterra y de Europa.

Llamábase esta célebre favorita Sara Jennings. Su hermana mayor, Francisca, habíase distinguido por su belleza y frivolidad de carácter, aun entre la multitud de rostros bellos y caracteres ligeros que fueron ornamento y deshonor de la corte de Whitehall, mien-

tras duró el desenfrenado carnaval de la Restauración. En una ocasión, Francisca se vistió de naranjera y se fué por las calles pregonando la fruta (1). La gente grave decía que una muchacha de tan escasa discreción y delicadeza no encontraría fácilmente marido. Sin embargo, por dos veces se casó y actualmente era esposa de Tyrconnell. No era Sara tan bella como su hermana, pero tal vez era más agradable. Era su rostro expresivo; sus formas no carecían de femenino encanto, y la abundante profusión de sus hermosos cabellos, que aun no ocultaba el polvo, según los preceptos de aquella bárbara moda que andando el tiempo había de ver introducir, era principal causa de los elogios de sus numerosos admiradores. Entre los galanes que se disputaban su corazón alcanzó la preferencia el coronel Churchill, joven bello, agraciado, insinuante, elocuente y bravo. También él debía amarla sinceramente, porque, á excepción de la anualidad que había comprado con la infame recompensa de la Duquesa de Cleveland, su hacienda era escasa é insaciable su afán de riquezas. Sara era pobre, y Churchill hubiera podido casarse con una muchacha fea, pero de gran fortuna. Su amor después de alguna lucha prevaleció sobre su avaricia: el matrimonio hizo crecer aún su pasión, y hasta la última hora de su vida tuvo Sara el placer y la honra de ser la única criatura humana capaz de extraviar aquel perspicaz y seguro entendimiento, la única que pudo inspirar amor ferviente á aquel frío corazón y servil temor á tan intrépido espíritu.

La fidelidad de Churchill fué ampliamente recompensada en bienes materiales. Su novia, aunque pobre por su casa, traía sin embargo una dote que discreta-

(1) *Memorias de Grammont; Diario de Pepys, 21 febrero 1685-86.*

mente empleada hizo llegar á su marido á duque de Inglaterra, príncipe del imperio, capitán general de una gran coalición, árbitro entre Príncipes poderosos, y lo que aun él estimaba más, á ser el vasallo más rico de Europa. Desde la niñez fuera educada Sara con la Princesa Ana, dando esto origen á la más íntima amistad entre ambas. En carácter se parecían muy poco. Ana era indolente y taciturna; benévola é indulgente con los que merecían su cariño; displicente y airada con cuantos excitaban su enojo. Era en extremo piadosa, y su adhesión á los ritos y jerarquías de la Iglesia anglicana llegaba hasta el fanatismo. Sara era vivaracha y voluble, amiga de dominar á os que más quería, y cuando se sentía ofendida desahogaba su rabia con lágrimas y tempestuosos reproches. No aspiraba á la santidad, y con trabajo escapó á la imputación de irreligiosa. Aun no era lo que andando el tiempo, cuando la prosperidad engendró en ella una clase de vicios y otra distinta la desgracia, cuando el triunfo y la elevación hubieron trastornado su cabeza, cuando su corazón fué ulcerado por mortificaciones y desastres. Vivió para ser la más odiosa criatura de la naturaleza humana, una infame vieja en guerra contra toda su especie, en guerra con sus hijas y sus nietos. Gran señora y rica, es cierto, pero apreciando la grandeza y la fortuna sólo porque le permitían desafiar la opinión pública y satisfacer sin freno su odio contra los vivos y los muertos. En el reinado de Jacobo pasaba por una bella é ingeniosa joven que de cuando en cuando daba muestras de carácter iracundo y caprichoso, mas cuyos arrebatos podían muy bien perdonarse en gracia á sus encantos.

Es, por demás, sabido que las diferencias de gusto, entendimiento y carácter no son obstáculo á la amis-

tad, y que suele existir la más íntima relación entre inteligencias cuyas cualidades mutuamente se suplen y compensan. Lady Churchill era amada y hasta idolatrada por Ana. La Princesa no podía vivir lejos del objeto de su romántica ternura: cuando se casó fué esposa fiel y cariñosa; pero el Príncipe Jorge, hombre sin inteligencia, que fundaba sus principales placeres en los manjares y en el vino, no ejerció sobre su esposa influencia comparable á la de su amiga, y pronto se entregó con estúpida paciencia al dominio de aquel vehemente é imperioso espíritu que gobernaba en absoluto á su esposa. Nacieron hijos á la real pareja, y Ana en modo alguno carecía de los sentimientos de madre; pero el cariño que sentía por sus hijos no podía compararse con la devoción que le inspiraba su compañera de la infancia. Por fin la Princesa llegó á impacientarse de las restricciones á que la sujetaba la etiqueta. Hacíasele insoportable oír las palabras *Señora* y *Alteza Real* en boca de la que para ella era más que hermana. Tales palabras eran necesarias en la galería ó en el salón, pero una vez en el gabinete desaparecía el tratamiento. Ana era mistress Morley; lady Churchill se llamaba mistress Freeman, y con estos nombres infantiles mantuvieron por espacio de veinte años una correspondencia de la cual al cabo hubieron de depender ministros y dinastías. Pero actualmente aun no tenía Ana poder político y apenas disfrutaba protección. Su amiga la acompañaba en calidad de camarera, sin tener más sueldo que cuatrocientas libras anuales. Sin embargo, puede sospecharse que ya por entonces Churchill, merced á la influencia de su esposa, podía satisfacer su pasión dominante. La Princesa, aunque sus rentas eran crecidas y modestas sus aficiones, contraía deudas que su padre pagaba no sin murmurar, y se decía que la

causa de estos dispendios era su prodigalidad con la favorita (1).

Por fin había llegado el tiempo en que amistad tan singular iba á ejercer gran influencia en los asuntos públicos. Era objeto de general ansiedad saber qué partido obtendría la ayuda de Ana, en la contienda que dividía á Inglaterra. De una parte estaba el deber filial, de la otra los intereses de la religión cuyas doctrinas profesaba sinceramente. Un carácter más activo hubiera podido muy bien permanecer largo tiempo sin decidirse al sentirse atraído en opuestas direcciones por causas tan poderosas y respetables. Mas al cabo, la influencia de los Churchills decidió la cuestión, y su señora vino á ser uno de los miembros más importantes de aquella formidable liga á cuya cabeza se hallaba el Príncipe de Orange.

XLI.

REGRESA DYKVELT AL HAYA CON CARTAS DE LOS INGLESES
MÁS EMINENTES.

En junio de 1687 regresó Dykvelt al Haya y presentó á los Estados Generales una carta del Rey en que se hacían los mayores elogios de su conducta durante el tiempo que había residido en Londres. Estos elogios, sin embargo, eran mera fórmula. Jacobo, en comunicaciones privadas de su puño y letra, quejábase amargamente de que el diplomático hubiera vivido en

(1) No acabaría nunca si hubiera de citar todos los libros de que me he valido para este juicio del carácter de la Duquesa. Sus cartas, su vindicación y las réplicas á que dió origen han sido los materiales de más importancia.

estrecha intimidad con los mayores revoltosos del reino, alentándoles en todos sus malos propósitos. Llevaba también Dykvelt un paquete de cartas de los hombres más eminentes, entre cuantos habían conferenciado con él, durante su permanencia en Inglaterra. En general, los autores de estas cartas manifestaban el mayor respeto y cariño á Guillermo, aludiendo al portador para más extensas noticias en todo lo relativo á sus planes. Halifax discutía el estado actual y el porvenir del país, con su acostumbrado ingenio y perspicacia; pero tenía cuidado de no comprometerse á adoptar una línea de conducta que pudiera ser peligrosa. Danby se expresaba en tono más atrevido y resuelto, y aun llegaba á burlarse astutamente de los temores y escrúpulos de su entendido rival. Pero la carta de Churchill era la más notable: campeaba en toda ella la natural elocuencia que á pesar de no ser literato mostraba siempre en las grandes ocasiones, y cierto aire de magnanimidad que, no obstante ser fingido, sabía imprimir con singular habilidad á sus palabras. La Princesa Ana, decía, le había ordenado asegurar á sus ilustres parientes del Haya que estaba completamente resuelta á perder la vida en defensa de la causa de Dios antes que descender al crimen de apostasía. En cuanto á él, sus empleos y el favor real carecían de valor á sus ojos cuando se trataba de los intereses de la religión. Concluía declarando en entusiasta lenguaje, que si bien no pretendía haber hecho vida de santo se le encontraría dispuesto, cuando llegase la ocasión, á morir como un mártir (1).

(1) En los archivos del Haya se conserva la carta oficial que á su regreso presentó Dykvelt á los Estados Generales. Las demás cartas mencionadas en este párrafo pueden verse en Dalrymple. Apéndice al libro v.